

Carmen de Burgos
"COLOMBINE"

LA RAMPA

Edición
Susan Larson

STOCKCERO

Burgos, Carmen de

La rampa / Carmen de Burgos ; edición literaria a cargo de: Susan Larson

- 1a ed. - Buenos Aires : Stock Cero, 2006.

252 p. ; 21x15 cm.

ISBN 987-1136-59-5

I. Feminismo. I. Larson, Susan, ed. lit. II. Título

CDD 305.42

Copyright Prefacio y Notas © Susan Larson
de esta edición © Stockcero 2006

1° edición: 2006

Stockcero

ISBN-10: 987-1136-59-5

ISBN-13: 978-987-1136-59-9

Libro de Edición Argentina. Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

INDICE

Introducción	vii
Obras citadas	xxiii
LA RAMPA	
Dedicatoria	1
El comedor de todos	3
Interioridades.....	13
El Rincón Oscuro	25
El amigo sombrío	35
Los bancos públicos.....	43
El peinarse los cabellos	51
La puñalada del hambre.....	59
El traje nuevo.....	63
Las tertulias tristes.....	69
El cinematógrafo	75
El cochero cínico	81
Los Reyes Magos	93
Las chicas de bata	101
El hijo de la máscara.....	115
El grito penetrante	125
La madrina.....	133
La nueva vida.....	145
La Gota de Leche	153

La <i>Fusil</i>	159
El talismán de la reina	165
La protectora	173
Separación	179
La caza	183
Pesadilla	191
El ama seca	195
La borracha	199
Final	203
BIBLIOGRAFÍA	
Obra no narrativa	209
Novelas cortas y cuentos.....	210
Ediciones críticas recientes.....	214
Novelas largas	215
Traducciones	215
Manuales de uso práctico	216
Ensayos críticos	217

INTRODUCCIÓN

La rampa (Madrid: Renacimiento, 1917) es indiscutiblemente una de las mejores novelas de Carmen de Burgos. Captura la posición precaria de las mujeres que empezaban a llegar a Madrid a principios del siglo veinte buscando trabajo en las fábricas, oficinas y casas de una creciente burguesía industrial. *La rampa* se dedica «[a] toda esa multitud de mujeres desvalidas y desorientadas, que han venido a mí, preguntándome qué camino podrían tomar, y me han hecho sentir su tragedia». El mensaje de la novela queda completamente claro: la mujer española no está preparada para la vida cien por ciento patriarcal de la ciudad moderna, y por esta razón tiene que prepararse con una educación profesional y armarse con consejos prácticos para conseguir la independencia económica.

La protagonista, Isabel, trabaja en un bazar en la Calle del Carmen, lugar que es todavía hoy uno de los centros simbólicos del consumismo madrileño. La metáfora de la rampa que aparece en el título es una guía ambigua para el lector. Por un lado, designa la calle y también la trayectoria de la vida de Isabel que aparece representada como una caída hacia la pobreza y la humillación. «Iba de prisa, empujada fatalmente por la rampa de su vida» (218). A la vez la novela describe el placer de vivir en Madrid, las nuevas posibilidades de libertad y la promesa de independencia económica para la mujer española moderna. A la postre, *La rampa* es una novela sobre Madrid

contada desde una perspectiva femenina y feminista. Provista de una inmensa documentación, la autora crea unos espacios habitados por varias clases económicas de los barrios centrales de la capital, en particular la Puerta del Sol donde trabajan las protagonistas, el barrio de Embajadores donde se encuentran las clases obreras, y la Gran Vía, en aquel entonces el eje de la modernidad. Su recreación del ambiente madrileño de la época es magistral y por él pasan, a través de los distintos momentos del día y de la noche, la diversidad de sus personajes y su interacción con sus tiendas, sus cafés y cines, sus monumentos, y las fiestas y acontecimientos más populares.

Carmen de Burgos y Seguí nació en Almería en 1867, y por su edad podríamos considerarla miembro de la Generación del 98, aunque por su modernidad, como dice su biógrafa Núñez Rey, «compartía el pensamiento noventayochista sobrepasándolo» — «fue más que una escritora; fue un impulso histórico» (37). Desde la adolescencia fue obvio que de Burgos tenía grandes ambiciones. Casada a los dieciséis años con Arturo Álvarez Bustos, periodista doce años mayor que ella, hubo una oposición fuerte por parte de la familia a la boda. A pesar de sus muchos deberes como madre, trabajó como cajista en la imprenta de *Almería Bufo*, periódico satírico de su suegro, donde aprendió cómo dirigir tal publicación y cómo escribir periodismo popular. En 1895 obtuvo la titulación de Maestra de Primera Enseñanza Elemental, en 1898 el de Enseñanza Superior, y tres años más tarde opositó y consiguió una plaza en la Escuela Normal de Maestras de Guadalajara. Durante este período comenzó a escribir relatos y ensayos que publicó en 1900 como *Ensayos literarios*. En este libro se incluye un artículo, titulado «La educación de la mujer», en el que revela sus ideas feministas al exponer la necesidad de educar a la mujer «en la grandeza y en la virtud». Gracias a su desarrollo profesional en el periódico satírico y a los títulos que le permitieron encontrar trabajo, de Burgos tomó la iniciativa de separarse de su marido por infiel y abusivo. Con una hija todavía en pañales, la escritora salió de su pueblo Rodalquilar en 1901 para emprender su labor profesional en su doble vertiente de educadora y escritora, que ya nunca abandonaría. Su primer puesto en Guadalajara le dio la independencia económica necesaria para luego

cumplir su sueño de establecerse en Madrid. Alcanzó su meta en 1906, cuando obtuvo un puesto en la capital, en la Escuela Normal de Maestras. Fue trasladada a Toledo al año siguiente, pero ganó otra oposición en 1909 para trabajar en Madrid, en la Sección de Letras en la Escuela Normal de Maestras, con un trabajo que mantendría el resto de su vida. Gran parte del feminismo de de Burgos se basa en la creencia de la necesidad de posibilitar a la mujer española el acceso al trabajo fuera de casa como primer paso hacia la independencia, una lección que nos enseña la forma de vida de esta mujer tan revolucionaria y moderna. De Burgos tuvo que trabajar sin descanso, aceptando traducciones y escribiendo manuales de uso práctico y de la moda, además de escribir periodismo para poder mantener a su hija a un nivel bastante humilde, pero su orgullo respeto a su posición profesional y a su carrera literaria fue obvio y resultó una fuente de inspiración para otras mujeres igualmente ansiosas por poder realizarse profesionalmente.

La modernidad de de Burgos se manifiesta en sus numerosos textos ensayísticos, periodísticos y literarios, pero a estos hay que añadir un sinnúmero de intervenciones políticas, que reivindican temas de gran importancia para el desarrollo de la mujer, tales como el derecho al divorcio y a la educación. Era escritora, traductora, viajera infatigable, intelectual imprescindible en las tertulias y reuniones de la época y eficaz luchadora en la causa feminista; es a partir de 1902, cuando llega a ser periodista en *Diario Universal* (siendo la primera mujer que consigue tal reconocimiento periodístico en toda España), que participa plenamente en la vida intelectual y política española. Su primera columna diaria se llama «Lecturas para la mujer», donde escribe sobre una gran variedad de temas femeninos, desde los peinados más recientes hasta las condiciones laborales de las mujeres trabajadoras. Es entonces cuando el director del periódico, Augusto Figueroa, le da el pseudónimo que usaría en casi todos sus escritos, «Colombine». Pronto empieza a escribir para *ABC*, y en 1906 empieza dos proyectos nuevos: su sección «Femeninas» para *El Heraldo de Madrid*, la publicación más leída de la capital, y su famosa tertulia, Los Miércoles de Colombine. No es hasta el 1907 cuando empieza a dedicarse a la literatura, y su carrera nace con la publicación de su primera novela *El tesoro del castillo* de la serie *El Cuento Semanal*. De Burgos debe su éxito literario inicial

a Eduardo Zamacois, quien le invitó a colaborar en *El Cuento Semanal*, y después en las series *La Novela Corta*, *La Novela Femenina* y *Los Contemporáneos*, publicaciones populares baratas que vendieron numerosas copias al creciente número de lectores urbanos que buscaban con mucho interés las narrativas representativas de los valores cambiantes del nuevo ambiente social madrileño. Con la independencia económica conseguida a través de su colaboración con Zamacois y *El Cuento Semanal*, de Burgos al año siguiente funda la prestigiosa *Revista Crítica*, al tiempo que inicia la que será una larga colaboración de Ramón Gómez de la Serna en la revista *Prometeo*. Dos años más tarde, en 1909, llega a ser corresponsal de guerra en Marruecos, una labor que continuaría durante la Primera Guerra Mundial.

Para cumplir con sus ambiciones profesionales, de Burgos rompió con muchas normas de la sociedad española de su época. Luchó sin descanso, por ejemplo, por el derecho de la mujer a divorciarse. La famosa encuesta sobre el tema que organizó de Burgos en las páginas de *El Heraldo de Madrid* le mereció el mote de «La Divorciadora», que sería reemplazado en los años veinte por el de «La Dama Roja» a causa de sus escritos sobre la lamentable situación económica de los recién llegados emigrantes a la capital. Viajó, muchas veces sola, por todo el mundo, para estudiar las costumbres y culturas de otros lugares, pero también para escaparse de las preocupaciones e interrupciones de la ciudad. Su vida personal también reflejó la misma independencia. Tuvo una relación amorosa-literaria con Ramón Gómez de la Serna entre 1908 y 1929, lo que desató un escándalo y un sinfín de chistes crueles. La familia de Gómez de la Serna hizo lo posible para separarlos, en parte porque de Burgos tenía veinte años más que él. Durante décadas, teniendo en cuenta la casi ignorancia total de los textos de la autora (a causa de la prohibición de los textos de de Burgos después de la Guerra Civil), la fama de la prodigiosa autora derivaba de su relación con el joven autor. Esto resulta particularmente irónico, tomando en cuenta el hecho de que es de Burgos la que introduce, a través de sus famosas tertulias, a Gómez de la Serna en el mundo de los intelectuales y directores de editoriales más conocidos de la época. Su vida personal, tan moralmente inaceptable en la sociedad burguesa de Madrid, se hizo aún más pública cuando Gómez de la Serna y la

hija de de Burgos tuvieron una relación breve mientras la joven actuaba en la obra teatral del mismo autor, *Los medios seres*.

Después de romper definitivamente esta relación con su amante y colaborador de más de veinte años, de Burgos tuvo quizás la etapa más activa y radical de su vida. A diferencia de lo que pensaba al principio de su carrera cuando, como muchas otras feministas de la época, había dudado de la eficacia de dar el voto a la mujer española porque no tenía la educación suficiente para saber cómo escoger a un buen líder, de Burgos empezó a militar para obtener el voto femenino. La autora se sirvió de su gran experiencia y fama para promover los derechos femeninos cuando se convirtió en presidenta de la Cruzada de Mujeres Españolas (organización que había fundado ella misma en 1921) y trabajó sin descanso en la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Iberoamericanas, antes de ingresar en el Partido Republicano Radical Socialista en 1930. En éste, la escritora almeriense abogó por el divorcio, la abolición de la pena de muerte, el sufragio femenino, y decidió presentarse como candidata a diputada. Al poco tiempo, en 1932, de Burgos murió con el grito de «¡Viva la República!» en sus labios, defendiendo hasta la muerte sus ideales progresistas. Tras su desaparición la escritora dejó una obra narrativa impresionante en calidad y cantidad: 12 novelas largas y aproximadamente 57 novelas cortas. El canon literario español queda incompleto sin la inclusión de las novelas de Carmen de Burgos, una de las escritoras más leídas y más importantes de su época.

El doble significado de la rampa en esta novela de Carmen de Burgos capta bien, al nivel espacial, la característica más evidente de la modernización en el primer tercio del siglo XX en Madrid, lo que a Carlos Marx le gustaba llamar «el proceso de la creación destructiva». Las primeras décadas del siglo XX se vivieron en Madrid como una ola imparable de proyectos urbanísticos que alteraron de forma dramática y para siempre la vida diaria de la mayoría de los habitantes. En las partes más lujosas de la ciudad, el Paseo del Prado se embelleció en 1909 con el Palacio de Comunicaciones de Antonio Palacios y Joaquín Otamendi en la Plaza de Cibeles. Dinero francés y británico financió los Hoteles Ritz y Palace en 1910 y 1912, ambos símbolos de interna-

cionalismo y modernidad. Pero el proyecto más ambicioso de la época – el que recibió más atención del gobierno, de la prensa y de los financieros extranjeros – fue la renovación de la Gran Vía. Construir el icono de la modernidad madrileña sería un esfuerzo constante por más de 50 años, pero al terminar se había creado un bulvar que se extendía desde la Cibeles hasta la Plaza de España, sirviendo como lazo de unión entre los barrios de Salamanca y Argüelles. En conjunto es una exposición de diversos estilos arquitectónicos, desde los edificios neobarrocos hasta los imaginados de modo más racional por los jóvenes que llegaron a la capital para crear la Gran Vía: profesionales como Jules y Raymond Fevrier, Secundino Ugalde Zuazo, Pedro Muguruza Otaño y Teodoro Anasagasti. En 1898, la meta más importante del entonces Alcalde de Madrid, el Conde de Romanones, fue construir una «gran vía» inspirada por la Avenida Haussmann en París que podría ayudar a eliminar la congestión de tráfico en el centro histórico, sobre todo en la zona de la Puerta del Sol. La construcción del bulvar empezó en 1910, y aproximadamente 310 edificios fueron derrumbados para poder dedicar los nuevos grandes edificios a dos propósitos: el ocio y la burocracia de una economía cada vez más y más capitalista e industrializada. Se puede empezar a hablar de la existencia de una industria cultural en Madrid sólo después de la aparición de edificios como el Círculo de Bellas Artes (1921), el Palacio de la Música (1925), y los cines Callao (1926) y Capitol (1930). La Telefónica de IT & T (1927) hospedaba todo un imperio de comunicaciones. El Casino Militar (1916) y después El Círculo de la Unión Industrial y Mercantil (1928) eran sede de muchos intereses militares y del mundo de los negocios. Los almacenes Madrid-París (1924) y la Casa Matesanz (1919) tenían un papel esencial en la distribución de bienes en el centro. En términos del transporte, en 1917 se empezaba la construcción, bajo la dirección del ingeniero Miguel Otañendi, de la primera línea del metro, que dos años después uniría el barrio de Cuatro Caminos con la Puerta del Sol.

Sin duda, la característica más destacable de la ciudad al principio del siglo XX era la dualidad física y social. Si por un lado los arquitectos, bancos y el gobierno trabajaban juntos para que el centro de Madrid se convirtiera en una ciudad capital como cualquier otra, por otro lado, barrios como el de Atocha y Cuatro Caminos no recibían

tanta atención y no se beneficiaron de los nuevos impulsos modernizadores. En barrios modernos, racionales y limpios como Salamanca y Argüelles habitaban las clases profesionales, pero la manera de vivir en los barrios obreros de la periferia era caótica y muy poco salubre. En 1905, por ejemplo, había 438 edificios en Madrid con sólo una fuente de agua potable, con un aseo en cada planta, y había 52.521 personas viviendo en ellos (Sambricio 14). Tampoco es de sorprender que en aquella época Madrid fuera una de las ciudades más enfermizas de Europa. Desde 1900 a 1905, por ejemplo, se estima que unas 58.454 mujeres murieron de tuberculosis (Juliá 488). Casi todos los trabajadores, tan necesarios en el centro de la ciudad para llevar a cabo su moderna construcción, vivían en la periferia, y muchos de ellos en chabolas. Los hombres y mujeres que trabajaban y ayudaban a levantar los edificios modernos del centro vivían en Cuatro Caminos y Tetuán en el norte, Prosperidad y Guindalera en el este, el Puente de Vallecas en el sureste y Toledo, San Isidro y Carabanchel en el sur de la ciudad. El crecimiento de la población y la incapacidad de pensar una estructura nueva para ella, iban a ir destapando los problemas funcionales y sociales que caracterizaban a todas las ciudades europeas de la primera industrialización. Es en las periferias donde se articularon los planteamientos de la lucha social, cuyos episodios reivindicativos jalonaron las primeras décadas del siglo y los primeros capítulos de la historia de Madrid: leyes sobre accidentes laborales y sobre el trabajo infantil (1900), la creación del Instituto de Reformas Sociales (1903), la regulación del derecho de huelga (1908), la creación del Instituto Nacional de Previsión (1908), el nacimiento de la Confederación Nacional de Trabajo (1911), y la huelga general revolucionaria, que ocurre precisamente el mismo año de la publicación de *La rampa* (Terán 150).

Esta novela urbana ilustra una conciencia colectiva durante el período de evolución de la capital. En la prensa, en el teatro popular, pero sobre todo en las conversaciones diarias, se percibía la sensación de estar viviendo un proceso dramático de cambio moderno. Tradicionalmente, la Puerta del Sol había sido el centro del comercio y de distribución de bienes, pero era obvio después de 1914 que eso iba pronto a cambiar. En el capítulo «El cochero cínico» Fernando e Isabel contratan a un cochero en un día feriado para hacer turismo en las periferias. Es un

capítulo de particular interés estético en que las palabras del cochero están tejidas con la narración interior en primera persona de Isabel; este cochero aparece involucrado en un momento de pasión que la pareja mantiene en el espacio más privado de que ésta dispone, la cabina del coche. Como no hablan los amantes, el cochero despliega un monólogo fascinante sobre el impacto y desarrollo de la Gran Vía y el ensanche de ésta.

Habían entrado por las calles nuevas del ensanche que se abren hacia la Guindalera y Alcalá. El cochero cínico, en su papel de diablo cojuelo, iba contándoles historias de gentes que vivían en aquellas casas. A todas las palomitas que vivían por el centro les han echado de allí y se han venido aquí, donde viven mejor. Les iba dando detalles de las casas, de los merenderos de alto coturno, donde se divertía la aristocracia. Los albergues más burgueses, con comida y habitaciones amuebladas, que no inquietaba la policía: y los merenderos económicos, paraíso de criaditas treintarealeras y de sueldos pobres, que no podían aspirar a más. (109)

La rampa capta un momento clave en la historia de Madrid e ilustra los planes urbanísticos sobre el ensanche de la Gran Vía y la Castellana que forman parte del diálogo cotidiano. El cochero anónimo, portavoz de los madrileños, es completamente consciente de los esfuerzos del gobierno municipal de proteger los intereses de la burguesía creciente en una época violenta y divisiva a través de planes urbanos modernos y racionales. A la postre, el Alcalde Romanones ya en 1898 quería modelar la Gran Vía según la Avenida Haussmann de París del Segundo Imperio. Es bien conocido que la «haussmannización», tan apoyada por Napoleón, fue un impulso hacia la planificación moderna de crear bulevares anchos, nuevos sistemas de cloacas, y un nuevo mercado central, pero sobre todo de destruir los barrios proletarios y revolucionarios más peligrosos para el orden establecido. El cochero alaba las maravillas de la construcción moderna cuando dice del Paseo de la Castellana que «[s]erá el mejor paseo del mundo ... ¡La felicidad de una parroquia!» (111) pero nunca pierde de vista la realidad precaria vivida por la mayoría de los habitantes de Madrid, subrayada a través del exiguo espacio de la cabina del coche que la pareja aprovecha para estar solos.

Es precisamente esta paradoja de la modernidad desigual, caótica y violenta lo que *La rampa* capta con tanta sensibilidad. Sus representaciones de la ciudad, basadas en la experiencia de de Burgos y la de

otras personas, narran la adaptación de las mujeres urbanas (a veces exitosa, pero en su mayoría no) a los valores sociales y realidades económicas cambiantes de las primeras décadas del siglo XX. Es sumamente original su punto de vista femenino, y por eso merece otra mirada casi cien años después. Para 1917, el discurso cultural tradicional de la mujer como «Ángel del Hogar» del siglo XIX era cuestionado y reemplazado con un nuevo discurso sobre el género sexual basado en el concepto en aquel momento en circulación, de la «Nueva Mujer Moderna» (Nash 25-40), definición y término muy usado y defendido por la propia de Burgos, en particular en su *La mujer moderna y sus derechos* (1927). La redefinición de la mujer en términos de la modernidad fue una manera efectiva de adaptar a las mujeres a los cambios sociales, políticos, demográficos y económicos. Se abrió a las nuevas necesidades de la actividad pública como el mercado laboral, la educación y la cultura. Como tal, trajo algunas nuevas libertades y posibilidades para las de las clases media y alta. Pero el tener que mantener como esencia de la identidad femenina el papel central de madre y esposa limitó las repercusiones de este progreso social.

La gran mayoría de las mujeres españolas entre los años 1900 y 1930 no trabajaba fuera de sus hogares, y de hecho la fuerza laboral masculina española es superior a la de otros países de la misma época (Capel Martínez 216). El empleo femenino cuestionaba una de las normas de la masculinidad, tema estudiado por Geraldine Scanlon, quien explica que «a finales del siglo XIX la idea muy difundida de que el trabajo de la mujer era degradante (creencia que estaba muy arraigada entre la clase media) suponía una formidable barrera psicológica.... La deshonra de tener que trabajar era aún mayor si la mujer estaba casada, pues no sólo se humillaba ella, sino también su marido» (citado en Nash 9). Este doble código demuestra también la gran diferencia entre las esperanzas y posibilidades de trabajo para mujeres de distintas clases. Las primeras profesiones que empezaron a abrirse a la participación femenina fueron el voluntariado que organizó la Iglesia Católica, la enfermería en el campo de la ginecología y la medicina pediátrica, así como la enseñanza primaria. También eran las mujeres de la clase obrera las que entraron en el mundo del trabajo urbano, casi siempre antes de casarse.

Las protagonistas de *La rampa* representan las opciones abiertas a las jóvenes recién llegadas a la ciudad. Águeda es huérfana de una familia obrera e Isabel de una familia de la clase media venida a menos, pero las dos se encuentran en la misma situación y tienen que apoyarse porque no tienen un lugar legítimo en la sociedad después de perder la protección económica y social del padre. Entre 1900 y 1930 en Madrid, más y más mujeres empiezan a trabajar fuera del hogar. Según Nielfa Cristóbal, el grupo femenino con la tasa más alta de empleo fue el de las viudas, y el segundo el de las mujeres entre las edades de 18 y 30 (225-28). No es de sorprender que las mujeres que trabajaban menos fuera de casa fueran las casadas. Nielfa Cristóbal cuenta que la razón por la cual hubo una subida dramática en el número de mujeres jóvenes, quienes recibían sueldos muy inferiores a los de los hombres en el mundo de los comercios en Madrid, se debe en gran parte al deseo patronal de contar con mano de obra barata, el cual encontró una solución en la nueva situación social de la mujer moderna.

La rampa narra las tribulaciones y exigencias de la vida de las mujeres de principios del siglo XX –las que quieren beneficiarse de las posibilidades modernas de la ciudad – y su desengaño casi completo. Por su parte, Isabel y Águeda están orgullosas de vivir solas y ser independientes gracias a su salario, de poder hacer el trabajo antes llevado a cabo por hombres en el Bazar de la Calle del Carmen, y de ser capaces de tomar sus propias decisiones sobre cómo vivir. Desafortunadamente, la realidad era muchas veces otra, como describe Margarita Nelken en su colección de ensayos feministas *La condición de la mujer en España* (1922):

Esta clase de empleadas, naturalmente la más numerosa, tiene en Madrid unos sueldos que rechazaría con indignación cualquier «treintarrealera» que viene a servir y llega del pueblo, pues ésta, por escaso que sea el sueldo, recibe además alojamiento y manutención. Empleadas españolas: mecanógrafas, tenedoras de libros, cajeras, dependientas, todas vosotras, tan humildes en vuestro pobre traje de señoritas, venidas a menos, tan anémicas y tan fieles y tan valientes, tan íntegras, sin siquiera el consuelo de los alegres noviazgos modisteriles, demasiado altas y demasiado empequeñecidas, sois la más pura y la más desconsoladora representación de la condición social de la mujer en España. (38-39)

La rampa colecciona una variedad de estas voces femeninas con el fin de compartir la experiencia diversa de la urbe, nombrada «El co-

medor de todos» en el primer capítulo, con un lector popular. Queda bien claro que el propósito de Burgos es criticar las normas establecidas para promover un cambio social.

La metáfora central de *La rampa* se encuentra en la paradoja del título mismo. La rampa es literalmente una parte del camino que hay que recorrer en la ciudad y figurativamente se refiere a la vida y a las vicisitudes que pueden descender a un personaje de arriba para abajo, hasta su destrucción. La novela enfatiza la conexión fuerte entre ser humano y su ambiente con raíces filosóficas en el determinismo y positivismo del siglo XIX. En cierto momento, el narrador omnisciente nos dice que Isabel «[i]ba de prisa, empujada fatalmente por la rampa de su vida» (218). En la vida de la protagonista, la rampa se inclina casi siempre hasta que termina en las puertas del Colegio de Criadas: «[h]abía llegado al final de la rampa. No sentía la violencia del ir cayendo. Estaba en el fin, en el extremo, en el momento de poderse sentar, aunque definitivamente vencida» (218). Su compañera Águeda tiene más suerte porque encuentra el amor en la figura de un joven revolucionario que le permite vivir una vida si no estable, por lo menos libre. Es significativo que la novela se centre en esta metáfora principal de la calle urbana y que se enfoque en los espacios públicos que ofrecieron a las mujeres una experiencia muy única a su condición femenina. Según la propaganda de los urbanistas y arquitectos – hombres supuestamente racionales y progresistas – la ciudad moderna iba a ofrecer a todos más acceso a los frutos de la industrialización, y muchos miles de españoles se mudaron a la capital para participar en este impulso modernizador. *La rampa* niega rotundamente el discurso liberador sobre la modernidad que estaba tan en boga en los círculos intelectuales de la época al nivel local y nacional. En el mundo de la novela, las promesas de la modernidad están destinadas exclusivamente a las mujeres burguesas.

Casi todos los episodios de la novela se centran en la hostilidad y violencia a las cuales se ven expuestas las ciudadanas solteras de la capital. En el espacio privado, desde los insultos en el comedor y la pensión, hasta el acoso sexual en el trabajo, gran parte de la destrucción de las esperanzas de la mujer independiente es psicológica. Por el contrario, el espacio público a veces les ofrece a las protagonistas momentos de diversión, como por ejemplo, cuando sueñan en lo que comprarían

en los almacenes del centro si tuvieran los recursos económicos suficientes. En un momento de ocio

[e]mpezaron a andar, siguiendo la Calle del Carmen, en dirección a la Puerta del Sol, y bien pronto olvidaron su disgusto para distraerse con la contemplación de los transeúntes y de los escaparates, con fuerza de expansión juvenil, acortando el paso, como si disfrutara un paseo y quisiera retardar el momento de llegar al Bazar, donde habían de quedar sepultadas todo el resto del día. (20)

El disfrutar de su anonimato por unos minutos es, para esta pareja de asistentes, fingir que pertenecen a la burguesía urbana – un sueño fuera su alcance. Algunas de las distracciones modernas también les traen diversiones momentáneas. Es en el capítulo «Cinematógrafo» donde de Burgos documenta la experiencia de asistir al cine para ver las figuras animadas y las primeras películas mudas. Por una temporada, Fernando e Isabel van cada noche al cine no para simplemente disfrutar del séptimo arte sino porque «[l]os cines eran un refugio de las parejas de enamorados vagabundos que se refugiaban en aquella sala de cine que ejercía tan gran atracción para ellos. Había una sugestión propicia para el amor. Algunas muchachitas iban allí solas con el deseo de correr aventuras» (165). La nueva tecnología cinematográfica resulta en la creación de un espacio sexualizado nuevo: no debemos olvidar que son los cines los edificios que en España ofrecieron el gran placer del aire acondicionado en el verano. El espacio del cinematógrafo tiene mucha influencia (y no del todo positiva) en la vida romántica de Isabel. Como Isabel no tiene ninguna experiencia con los hombres y la sexualidad femenina no es un tema aceptable según las normas de la época, Isabel mira las películas románticas para inspirarse: «Encarnaba y veía encarnar a Fernando en aquellos personajes. Eran ellos mismos. Se veían como en un espejo, y aquella unión les hacía aproximarse más» (95). La sexualidad y el escapismo del cine popular presentó en la figura de la «Nueva Mujer Moderna» un modelo de comportamiento poco práctico, en opinión de de Burgos, quien fue desde su primer día hasta su muerte, autora y feminista didáctica en su ficción y en su escritura ensayística.

Este tono didáctico se manifiesta también en la representación narrativa de los espacios semipúblicos creados por los nuevos centros be-

néficos y asistenciales como resultado de iniciativas privadas caritativas surgidas de las elites sociales madrileñas en la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Consecuencia de ellas fue la creación de la Comisión de Reformas Sociales en 1883, transformada posteriormente en el Instituto Nacional de Previsión en 1903. Según Pinto, la denominada «Beneficencia General» fundada por el Estado después del 1903, constituía el sistema sanitario de la ciudad, tanto desde el punto de vista asistencial, como desde el punto de vista de investigación y docencia. Las descripciones de la Casa de la Maternidad donde es ingresada nuestra protagonista Isabel al encontrarse embarazada y abandonada por Fernando, contienen una crítica del naciente concepto de beneficencia a principios del siglo XX, cuando este impulso a nivel municipal empezó a integrar instituciones de previsión social (Pinto 444). Los capítulos de *La rampa* sobre la Casa de Maternidad narran las experiencias de una sorprendente variedad de mujeres de distintas clases y de distintas circunstancias. Fundada en 1859 por el presbítero José María Tenorio y regentada por las Hermanas de la Caridad, tenía por objeto asistir en el parto a madres de hijos «ilegítimos» (se estima que había espacio para unas 900 mujeres al año) que eran recogidos posteriormente en la Inclusa; ambas instituciones compartían el mismo edificio en la Calle Mesón de Paredes. A pesar de la falta de respeto de las monjas y los médicos hacia las madres en el austero ambiente, las mujeres de la novela crean un pequeño mundo de apoyo mutuo a través de sus consejos y amistades. Las mujeres de buena familia viven una existencia completamente aislada de las demás, para evitar cualquier rumor que pueda romper el código de honor de sus familias. Las demás comparten su trabajo, sus miedos, las esperanzas que tienen para el futuro, y más de una pelea física. Este microcosmo del mundo femenino ejemplifica los dilemas de muchas mujeres solteras de la época: cómo encontrar los recursos necesarios para comprar comida y alojamiento para mantener a un hijo, cómo ganarse el pan de cada día con un hijo pequeño que necesita vigilancia constante, y cómo decidir si quieren casarse o intentar mantener su independencia.

La conversación más sostenida en la Casa de Maternidad, aún después del nacimiento de la hija de Isabel en la novela, es sobre la enfermedad. La mortalidad infantil en Madrid fue muy elevada a prin-

cipios del siglo XX. Se dieron brotes epidémicos virulentos cada año de disentería, difteria, escarlatina, tifus y tuberculosis en los barrios más populares de la ciudad. Entre 1915 y 1920 fue remitiendo el carácter catastrófico de la mortalidad infantil, pasando de los 40 niños fallecidos por cada cien muertos en 1900 a 31 en 1916, el año anterior a la publicación de nuestra novela (Gili Ruiz y Velasco Medina 442). Las charlas de las mujeres en la Casa de Maternidad ilustran un mundo urbano violento, hostil y caótico para cualquier mujer o niño que no goza de estabilidad familiar. La separación de la mayoría de las madres de sus hijos recién nacidos se ve en la obra de de Burgos como una tragedia a gran escala con consecuencias sociales muy negativas, porque resultan en la desesperación y amargura de las mujeres y en la producción de huérfanos criados en instituciones crueles que producen ciudadanos que van a caer inevitablemente en la criminalidad.

En relación a la escritura de mujeres, tradicionalmente muy pocas autoras han sido consideradas como parte del canon literario a lo largo de cuatro siglos. En la extensísima bibliografía disponible en torno al concepto de modernidad y vanguardia sobresale la falta de atención prestada a la literatura femenina y a la aportación de muchas escritoras a la vida cultural del país. Si bien la figura de Carmen de Burgos ha sido injustamente olvidada por la historia literaria española, en los últimos años una serie de críticos y estudiosos (Castañeda, Núñez Rey, Establier en España y Ugarte, Johnson y Bieder en varias universidades norteamericanas, por nombrar sólo a los más conocidos) han recuperado la memoria sepultada y han sacado a la luz los detalles de la vida y la obra de esta escritora y activista de los derechos de la mujer de principios del siglo XX.

Recuperar la memoria de la obra y vida de Carmen de Burgos es un intento de ampliar los muchos huecos en nuestro entendimiento del primer tercio del siglo en España – huecos que existen por muchas razones; desde el ritmo acelerado de un mercado cultural que hoy en día siempre exige algo nuevo, hasta una dictadura que en esos momentos quería darle la espalda a la modernidad social que empezaba a cambiar el país en las primeras décadas del siglo XX. A través de los esfuerzos de mujeres como Carmen de Burgos y sus contemporáneas –Clara

Campoamor, Victoria Kent, Margarita Nelken, Concepción Arenal, María Zambrano, Rosa Chacel, Maruja Mallo, entre muchas otras— en la vida cultural e intelectual del país iban creándose unas imágenes de la mujer no basadas en el patriarcado. Es en parte a través de novelas populares como *La rampa* que se presentan algunas soluciones a los dilemas de las primeras «modernas» españolas que buscaban una independencia económica y personal solamente posible en la ciudad y que ahora se da por sentado.

Para no darme nada por sentado, dedico esta edición a la memoria de Carmen de Burgos, a la generosidad intelectual de Mary Berg y Pablo Agrest, y a las “modernas” que me inspiran y me apoyan diariamente: Francie Chassen-López, Ana Rueda, Mary Vásquez, Elena Aldea, Eva Woods, Nùria Sabaté-Llobera y Carmen Arranz.

Susan Larson *
Lexington, Kentucky 2006

* Susan Larson enseña literatura, cine y geografía cultural en la Universidad de Kentucky. Su trabajo estudia el urbanismo de Madrid y sus respuestas culturales desde el siglo XIX al presente. Es co-directora de la revista *The Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* y más recientemente ha editado *Visualizing Spanish Modernity* con Eva W. Woods (2005)

OBRAS CITADAS

- Capel Martínez, Rosa María. *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900 – 1930)*. Madrid: Ministro de Cultura, 1986.
- Gili Ruiz, Rafael y Fernando Velasco Medina. “La población: crecimiento y precariedad.” En *Madrid. Atlas histórico de la ciudad 1850-1939*. Madrid: Caja Madrid y Lunweg, 2001. 398-407.
- Juliá, Santos, David Ringrose y Cristina Segura. *Madrid. Historia de una capital*. Madrid: Alianza, 1995.
- Nash, Mary. “Un/Contested Identities: Motherhood, Sex Reform and the Modernization of Gender Identity in Early Twentieth-Century Spain.” En *Constructing Spanish Womanhood. Female Identity in Modern Spain*. Ed. Victoria Lorée Enders y Pamela Beth Radcliff. Albany, NY: State U of New York P, 1999. 25-50.
- Nelken, Margarita. *La condición de la mujer en España. Su estado actual. Su posible desarrollo*. Barcelona: Editorial Minerva, 1922.
- Nielfa Cristóbal, Gloria. “Las mujeres en el comercio madrileño del primer tercio del siglo XX.” En *Mujer y sociedad en España 1700 – 1975*. Ed. Rosa María Capel Martínez, et al. Madrid: Ministerio de la Cultura, 1986. 299-332.

- Pinto, Virgilio. "La beneficencia entre la caridad y la asistencia social."
En *Madrid. Atlas histórico de la ciudad 1850-1939*.
Madrid: Caja Madrid y Lunweg, 2001. 438-44.
- Sambricio, Carlos. *De la Ciudad Ilustrada a la primera mitad del siglo XX*. Madrid: Comunidad de Madrid, 1999.
- Scanlon, Geraldine. *La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974*. Madrid: Akal, 1986.
- de Terán, Fernando. *Historia del urbanismo en España. Vol. III. Siglos XIX y XX*. Madrid: Cátedra, 1999.

LA RAMPA

DEDICATORIA

A toda esa multitud de mujeres desvalidas y desorientadas, que han venido a mí, preguntándome qué camino podría tomar, y me han hecho sentir su tragedia.

«COLOMBINE»

EL COMEDOR DE TODOS

Era todos los días un sacrificio subir aquella sucia escalera que conducía al restaurante.

A fuerza de verse allí se había establecido una especie de camaradería entre la mayor parte de los comensales; pero una camaradería casi hostil, aunque trataba de parecer afectuosa.

Sentían todos una especie de molestia por la pobreza que revelaba el asistir a los comedores de a peseta el cubierto, por abono.

—No será ningún potentado cuando viene aquí —solían repetir ante la petulancia o falta de espontaneidad de algún *nuevo*; y este concepto, que existía en todos contra cada uno de ellos, los molestaba, les hacía odioso el testigo, y la mayoría evitaba el darse a conocer. Era muy enojoso encontrarse luego en la calle y que en un momento dado uno pudiera decir señalándoles:

—Ese come en el restaurante de Babilonia.

Isabel y Agueda, al salir del Bazar¹, donde estaban empleadas, apretaban el paso con el deseo de llegar pronto, para aprovechar el poco tiempo que su trabajo les dejaba libre y para que no se hubiesen acabado los mejores platos, *los que más llenaban*, que eran los que solían pedir todos. Sabían que no debían temer a las sobras, porque las pequeñas raciones se consumían ávidamente y hasta rebañaban² los platos

1 El «Bazar» donde trabajan las protagonistas está ubicado en la zona comercial más importante de la época, entre la Plaza Callao y la Puerta del Sol. Los bazares de esta zona central cambiaron el panorama comercial a finales del siglo XX y fueron los precursores de los almacenes modernos de los años 1930, El Corte Inglés y Galerías Preciados.

2 *Rebañar*: *arrebañar*, recoger de un plato o vasija, con la cuchara o de otro modo, los residuos de alguna cosa comestible hasta apurarla toda. Usualmente se refiere a hacerlo con un trozo de pan.

de tal modo que podía prescindirse de los pinches³ a poco trabajo.

No era la concurrencia popular, francamente pobre, que va a la taberna y a la casa de comidas para atracarse el plato de judías bien guisado y el suculento trozo de carne, y que hace fiesta del rato de bienestar que le proporciona la comida. Era la concurrencia vergonzante de la clase media, deseosa de aparentar una situación que no tenía y que se esforzaba por vestirse y presentarse con más lujo del que podían costear, tomando aires de gente acomodada y haciendo un axioma de la ruinosa frase, en la que había puesto el egoísmo de todos un triste fondo de verdad: «Según se presenta uno, así lo miran.»

La mayoría de los comensales la formaban empleados de poco sueldo, dependientes de comercio, oficiales de escasa graduación, estudiantes y soldados de cuota⁴. Mujeres iban menos. La poca participación de las mujeres en la vida pública, esa especie de temor, justificado, de la promiscuidad que la recluye en el hogar, hacía que su asistencia al restaurante fuese escasa.

Las pocas que iban se hallaban allí en situación difícil. Aunque carecían de vinos generosos⁵ y de manjares opíparos, reinaba siempre esa galantería de mal gusto que, a pesar de su imprudencia e inoportunidad, se ha dado en llamar *española*, como si fuese uno de los rasgos típicos que más nos honran. Casi todos los hombres consideraban indispensable aquella grosería, disfrazada de galante, frente a toda mujer joven, viniese o no a cuento. Todas, por preocupadas y ajenas a ellas que estuviesen, tenían que aguantar las miradas, los suspiros, las audacias y las inconveniencias de aquellos hombres extraños y desconocidos, que sistemáticamente se habían hecho un deber de galantearlas.

Los más asiduos al restaurante, *los viejos en la casa*, parecían tener ya una especie de propiedad; se les guardaba *su mesa*, y eran los que más hablaban, gritaban y se permitían chistes y palabrotas, abusando de la pacífica digestión de los demás. A los dos días de pasar al lado de uno

3 *Pinche*: mozo ordinario, galopín (ayudante de rango inferior) de cocina, usualmente lavaplatos.

4 *Soldados de cuota*: La guerra colonial en Marruecos es tema preferente de crítica y análisis de la prensa y literatura progresista de la época. Surgieron múltiples casos de «objección de conciencia» y de «insumición», que se unieron a la creciente impopularidad de los *soldados de cuota*, que algunas veces eran hijos de familias adineradas que pagaron para que sus hijos no fueran a la frente. Se ve esta preocupación por la injusticia de la situación en, por ejemplo, la primera estrofa del poema «Id Vosotros» de Ramón Acín (1888-1936): «Id vosotros, soldados de cuota, a Marruecos, a la Guerra; sentad plaza, jóvenes hijos de capitalistas, *sportsmans* adinerados, y marchad con vuestros hermanos» *La ira*, (1913).

5 *Generosos*: excelentes, hablando de vinos.

de estos grupos, ya saludaban con gran confianza, como si se hubiese establecido entre todos un compañerismo casi forzoso.

Iban los camareros de uno a otro lado, hablando familiarmente con los parroquianos, interviniendo en las conversaciones y permitiéndose chistes y confianzas con los más tímidos, a los que hacían todos blanco de sus burlas para arrancar la risa y el aplauso de los mal intencionados.

—Tratamos el público a *patás*⁶ —solían decir alabándose—, y siempre están los comedores llenos. La peseta. ¿A ver dónde van a ir?

Aquella seguridad les hacía ser altaneros y desconsiderados con los que no les daban propina. Se conocía a los más dadivosos en la amabilidad que usaban con ellos los camareros al ofrecerles la lista impresa de las dos docenas de platos que componían el menú y por las indicaciones confidenciales hechas en voz baja:

—Hoy las mollejas de ternera están superiores.

—Esas pescadillas no son para usted.

—Le he reservado naranjas porque no hay más que esas, y las peras están agrias.

Con los que no daban propina eran menos atentos; les hacían esperar largos ratos viendo pasar ante ellos los manjares que iban a las otras mesas, y eran vanas todas sus quejas y reclamaciones.

—¡Ya va...! ¡Ya va!

—¡En seguida!

—¡Al instante!

Con estas evasivas los manjares llegaban tarde y fríos. Si el parroquiano se quejaba, la respuesta invariable le quitaba toda razón:

—Hay que atenderlos a todos. No se puede más.

A veces se había ya acabado el plato que solicitaban, y los camareros repetían con cierta satisfacción de no obedecer la demanda:

—No queda.

—Se ha acabado.

Aquella mañana los dos comedores estaban completamente llenos y los sirvientes iban de un lado para otro, algo aturdidos, sin saber a quién atender primero.

Las dos amigas no encontraron sitio en el comedor más pequeño, el más interior, que, a pesar de ser sórdido y maloliente, preferían por su mayor independencia, pues todos entraban allí un poco a hurtadillas,

6 *A patás*: (vulg.) a las patadas, desconsideradamente.

procurando no hacerse notar y pasar perdidos entre la multitud.

El salón grande, con los cinco balcones de la fachada sobre la calle concurrida, tenía algo de fiesta, que le prestaba la claridad y la animación de la multitud. A un extremo estaba el mostrador, delante de la estantería, llena de botellas, que no pedía nadie, pues el lujo de los más rumbosos, que podían lucirse a poca costa, consistía en pedir café o un plato más; pero esto sucedía pocas veces; hasta los que tomaban el cubierto *de lujo* de seis reales, que se distinguía *del económico* en los dos rabanitos y las cuatro aceitunas, lo tomaban como avergonzados de su desigualdad y como si notaran lo hostil de los humillados al lado suyo y por su modesta comida.

Sobre el mostrador estaban expuestos los postres, incitando al apetito, y detrás de él una mujer obesa, como pringada⁷ y saturada del olor de las salsas, se pavoneaba, paseando una mirada sagaz sobre los comensales como un experto triclinarca⁸ que presidiese el banquete, pronto siempre a coger in fraganti a los camareros en algún exceso de amabilidad que les hiciese poner una galleta o una ciruela más en el platillo para complacer a un parroquiano espléndido. Todos los casos difíciles se lo consultaban a ella: ¿Un señor que dejaba el vino por el flan, podía renunciar a éste y cambiarlo por fruta? ¿Se conmutaba un flan por un café? ¿Podían tomarse dos platos de huevos? Ella no se cansaba de resolver las preguntas que afirmaban su autoridad sobre todos los que iban a comer a su casa.

Un camarero guió a las jóvenes hasta una mesita desocupada en el ángulo opuesto al mostrador; tuvieron que atravesar entre todas aquellas gentes, que suspendían la comida para mirarlas con procaacidad manifiesta. Un gallego lanzó un suspiro ruidoso que repercutió en todo el salón; y otro jovencito murmuró al oído de Isabel un vulgar piropo. Colocadas en aquel sitio, frente a la promiscuidad del salón, sintiendo, sin verlas, las miradas de todos fijas en ellas, Isabel desenvolvió lentamente la servilleta mientras Agueda miraba la lista.

—¡Lo de todos los días! ¿Qué prefieres?

—Elige lo que te parezca. Me da igual.

La joven volvió a leer la lista de los platos. Sentía como una desconfianza instintiva de que la carne fuese carne y el pescado pescado y no se verificara en el fondo de aquellas cocinas misteriosas una susti-

7 *Pringada*: manchada de *pringue*, grasa que suelta el tocino al fuego.

8 *Triclinarca*: persona que vigilaba un comedor, en la época de los griegos y romanos.

tución como esas de los circos, que con un truco secreto hacen parecer vino al agua, o figurar huevos con bolas de algodón.

Cuando algún camarero hablaba de *el cocinero*, no se concebía que todo aquello lo hiciera un solo hombre, y que hubiera cantidad bastante de alimentos para satisfacer a todos los que iban a comer sin previo aviso. Se les aparecía como un Jesús milagroso, multiplicando las cosas y envolviéndolas en aquellas salsas de harina, de diferente color e igual sabor, que caracteriza la universalidad de las salsas de restaurante en todo el mundo.

No tardó mucho Agueda en hacer el menú, como si convencida de la falsedad de todo, tratase sólo de salir del paso: Un par de huevos, pescadillas a la vinagreta y un filete con patatas; por escaso que fuese todo, acompañado de pan, vino y postre, era inconcebible que lo pudiesen dar; aunque todo tuviera igual sabor y dejase sin satisfacer verdaderamente el apetito como cosa inconsistente y frágil. Mas, a pesar de sus ventajas, era preferible para una mujer comerse un pedazo de pan y queso en medio de la calle, que sufrir todas las impertinencias que habían de aguantar en esa promiscuidad forzosa.

No iban allí las mujeres felices, sino las pobres mujeres que trabajaban y no tenían el refugio del hogar. Eran las mujeres lo más triste de aquel comedor, lo más sombrío; se las veía como escondidas en los rincones, amedrentadas y llenas de cortedad. En los hombres había sólo miradas de suficiencia, de confianza en su fuerza; ellas, con la cabeza metida en el plato, parecía siempre que estaban comiendo su última peseta, y ponían algo de la tristeza de los comedores de los asilos en la sala del restaurante.

Las conversaciones de las mesas cercanas estaban llenas de insinuaciones dirigidas a ellas. El gallego hablaba alto, para que lo oyesen, y de vez en cuando soltaba uno de aquellos ruidosos suspiros que repercutían en toda la estancia.

Cerca del balcón comían cuatro alemanes, de faz rubicunda y cabezotas cuadradas, conversando en su idioma, con animación, pero sin alzar la voz ni preocuparse de los demás, mientras devoraban las lentejas, el cocido y las judías, que eran los tres platos elegidos para llenar el abdomen, pues no podían saciar el hambre sajona con las escasas raciones de los otros platos. Daba angustia verlos tragar de aquel modo,

en el ambiente saturado del olor de los guisos, un olor que parecía agriarse y fermentar.

Apenas habían empezado la comida las dos jóvenes cuando un caballero vino a sentarse junto a ellas. Era un señor alto, delgado, vestido con corrección, que representaba unos cincuenta años. Antes de sentarse sacó el pañuelo, limpió la silla y se levantó cuidadosamente los largos faldones de un chaquet, luciente de cepillo y sin ninguna mancha.

Después saludó a las dos vecinas de mesa con una reverencia respetuosa, y con la servilleta sacudió el polvo del mantel a todo su alrededor, y limpió los vasos, los platos y los cubiertos.

—¿Qué va a ser, don Antonio?—preguntó el camarero.

—Huevos fritos —repuso sin vacilar—. Pero le suplico que sean fritos para mí... bien fritos... en mucho aceite. Yo no he entrado jamás en la cocina, que no es este menester propio de hombres; pero se me alcanza a mí cómo se deben freír los huevos. Es un arte perfecto.

El camarero se alejó riendo, con un gesto que daba a entender.

—Es un chalado ⁹.

Las dos amigas no pudieron contener también una sonrisa; pero cerca de don Antonio parecían más tranquilas, recobraban mayor aplomo, como si estuvieran más protegidas. En la mesa del gallego ya no se ocupaban de ellas; concentraban su atención sobre otras dos jóvenes que habían tomado asiento cerca de un balcón, y a ellas se dirigían las pullas, las alusiones y los suspiros redoblados con trémolos ruidosos.

De aquellas dos recién llegadas, una parecía indiferente y serena, como si no prestase atención a lo que la rodeaba, mientras la otra estaba turbada e impaciente.

Era una hermosa rubia, con ese tipo exuberante y lleno de gracia de las andaluzas ¹⁰, y en su semblante movable se reflejaban las impresiones noblemente.

Se la veía indignada de sentirse blanco de la grosería de aquellos señores, y se notaba cómo contenía a duras penas su disgusto. Era como si el mundo todo no fuese más que un feudo de los hombres, que sólo ellos le llenasen y tuviesen derecho a todo; las mujeres no aparecieran más que como sombras vagas, imprecisas, medrosas y siempre inquietas.

⁹ *Chalado*: (col.) estar un poco loco, o enamorado.

¹⁰ A pesar de su modernidad y rebelión contra los estereotipos, de Burgos se identifica con el siglo XIX por el hecho de creer en el determinismo biológico. La autora describe con detalle los aspectos fisiológicos de cada uno de sus personajes literarios y demuestra un lazo geoteleológico inescapable.

tadas. Tenían que ir con un hombre para ser protegidas. Ellas, con su modestia, no se libraban de la acometividad, y en cambio nadie paraba mientes¹¹ en otras tres damas que, acompañadas de dos caballeros, ocupaban el centro del salón. Vestidas con trajes de raso liberty, y tocadas con grandes sombreros con *aigrettes*¹² comían su modesto cubierto con un aire desdeñoso, de grandes señoras caprichosas, a pesar de que desde hacía una semana acudían todos los días a la misma hora.

Ya la señora mayor, que debía ser la madre, ya las jóvenes, tenían buen cuidado de repetir con frecuencia, en voz alta, que estaban cansadas de los grandes hoteles, que gustaban de la sencillez, y que se preparaban a marcharse de veraneo a San Sebastián y a Biarritz en cuanto apretase el calor, *con el tío*; y al pronunciar el nombre de un político célebre, con el que se decían emparentadas, su voz reforzaba la sonoridad y se hacía más vibrante y más aguda.

—¿Todavía no han servido a usted? —preguntó a don Antonio un hombre de rostro rubicundo, alegre y comunicativo, que estaba en la mesa cercana, con el deseo de entablar conversación.

—No, señor mío.

—Es desesperante esto. Hace media hora que he pedido café.

—Yo no me impaciento. Es mejor que tarden; señal que no estaban fritos de antemano.

—¡Vaya usted a saber! Pero... ¡Camarero... ! ¡Camarero... ! Hijo, ¿están plantando ahora el café? ¿Cuántos años tardará?

—¡Va... en seguida! —respondió de modo mecánico el sirviente, por la costumbre de repetir la misma frase.

—¡No sé cómo venimos aquí! —añadió el hombre—. Todo sucio... Malo... Escaso....

Pertenecía al grupo de los eternamente descontentos que lo hallan mal todo, como si quisieran dar a entender, con su disconformidad, que ellos son superiores al medio soportado accidentalmente.

Como un contraste, en otra mesa, a espaldas suyas, sonaba un coro de alabanzas.

—¿No os aseguraba yo que aquí comeríais muy bien? —decía un teniente que había invitado a dos provincianos.

—¡Es maravilloso!

—¡Abundante!

11 *Parar mientes*: considerar, meditar y recapacitar con particular cuidado.

12 *Aigrettes*: plumas largas, usualmente de garza blanca.

—¡Esta carne está exquisita!

—¡Yo estoy satisfecho!

Respondían ellos sin cansarse de alabar aquella baratura que era un nuevo encanto de Madrid.

—Es como en el *Hotel Inglés*¹³ —afirmó con aplomo el teniente—. Esto no se encuentra más que en Madrid... En España.

Don Antonio había sopado¹⁴ reposadamente los huevos fritos, y esperaba su segundo plato, haciendo con la servilleta la figura de un busto con el cuerpo envuelto en un manto y la cabeza rodeada por un turbante. Mientras hablaba distraídamente, como si él también cumpliera un deber de galantería, con sus vecinas de mesa. Parecía interesarse por sus ocupaciones, por sus trabajos; les debía dar mucho que hacer el Bazar; días que apenas se sentarían desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, sin más descanso que las dos horas para comer, que no daban tiempo de nada. Y en su galantería caballeresca, el buen viejo lamentaba que la mujer, nacida para ser amada, tuviera que luchar con la prosa de la vida.

—A la mujer no debe dirigírsele la palabra sino con las más cortes y pulidas razones —decía—. Pero ahora ustedes lo quieren ser todo, renuncian a su categoría de princesas, y queriendo ser liberadas, se hacen esclavas.

El buen señor lamentaba el estado de cosas que hacían perder a la mujer el puesto en el hogar para lanzarse a la competencia, con quienes no les guardaban los respetos debidos. Censuraba a los hombres que no se dejaban vencer y arrollar por ellas, con una sumisión romántica; pero daba a entender que no comprendería jamás la igualdad.

Mientras hablaba iba dibujando con su cuchillo líneas sobre la cáscara de la naranja que mondaba, a fin de lograr una tosca y primitiva figura de hombre, al separarla de la pulpa.

Gritos y ruido de lucha interrumpieron su ocupación. La tormenta que se cernía entre la andaluza y los gallegos estalló. Uno de ellos se había levantado para descolgar su sombrero, y fingiendo resbalar y caer, quedó montado a horcajadas sobre el respaldo de la silla que ocupaba la joven, casi sobre sus hombros, con gran regocijo de sus compañeros, que se retorcían entre contorsiones y carcajadas. Pero la rubia se volvió rápidamente, descargando sobre el atrevido un tremendo puñetazo.

13 El Hotel Inglés, uno de los hoteles clásicos de Madrid, está todavía en la Calle Echegaray, cerca de la Puerta del Sol. La joven Virginia Woolf se quedaba siempre en este hotel cuando viajaba a la capital.

14 *Sopar*: mojar trozos de pan en una salsa o en otra sustancia alimenticia.

—¡Grosero!... ¡Mal educado!

Él, confuso, trataba de buscar el lado cómico que lo salvase del ridículo.

—¡Perdone usted, marquesa!

De una parte y otra se cruzaron improperios. Muchos hombres vacilaban indecisos sin saber qué hacer; don Antonio avanzaba ya dispuesto a defender a las damas, cuando los camareros mediaron conciliadores para acallar el escándalo.

La dueña del restaurante parecía no haberse enterado de nada. No tenía gana de intervenir. Los gallegos eran parroquianos constantes que llevaban ya varios años comiendo la bazofia¹⁵ de su casa. Aquel don Marcelito era un excelente sujeto que animaba el comedor con risas y dicharacheros y lo llenaba de alegría. No iba a desagradarlo porque cualquier *señorita del pan pringao*¹⁶ se pusiera con humos por una broma cualquiera. Lo que menos le gustaba era que frecentasen sus comedores mujeres; de buena gana les hubiera prohibido la entrada; se acababa siempre por alguna tontería. Experimentaba en el fondo un desprecio por todos los que iban allí. (¡Gentes que comían en un restaurante de peseta!) Por más que la enriquecieran y que ella repitiera siempre que en su casa se comía como en Lardy.¹⁷

Los gallegos desfilaron entre las mesas aparentando indiferencia y desprecio por lo sucedido. ¡Cosas de mujeres! Don Marcelito asomó la cabeza, como tenía costumbre de hacer todos los días, por el ventanillo de la cocina, y gritó a guisa de despedida, imitando la voz de los mozos que piden las raciones:

—¡Ragú pal gallego!

Y salió, entre las risotadas de sus amigos, relinchando y balando, mientras bajaba la empinada escalera con una alegría de estómago satisfecho.

La andaluza lanzó una mirada provocativa a las otras mujeres, que parecían mirarla con el desdén con que las mujeres de orden, cuidadas del *¿qué dirán?* y de la compostura, miran a las que son causa de *escándalo*. Su compañera, siempre tranquila, serena, inalterable, procuraba calmarla.

Agueda e Isabel habían hecho causa común con aquellas dos des-

15 *Bazofia*: comida muy mala o repugnante.

16 *Del pan pringao*: forma irónica para referirse a alguien maleducado que presume de grandezas ficticias.

17 El Restaurante Lhardy, fundado en 1839 en la Carrera de San Jerónimo, es conocido por la prensa popular y en las novelas de Benito Pérez Galdós por ser uno de los restaurantes más lujosos y lugar de encuentro de intelectuales y políticos.

conocidas. Mientras Agueda comentaba con don Antonio lo sucedido, Isabel permanecía silenciosa. Pensaba en sí misma frente a las otras, como si al mirarlas a ellas le devolvieran su propia imagen. ¿Cómo la verían los demás? Sentía una impresión de penosa desnudez, de soledad. El egoísmo de los otros, injusto y agresivo, no dejaba a las mujeres ni el placer de gozar su aislamiento en la indiferencia, sino que se sentían perseguidas y turbadas.

El mismo sentimiento debía experimentar su amiga, porque cuando se levantaron para irse iban apoyándose la una en la otra, como si se protegieran y se diesen mutuamente valor.